

OLGA MEDVEDKOVA

# LA EDUCACIÓN SOVIÉTICA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS  
DE MARÍA TERESA GALLEGO URRUTIA  
Y AMAYA GARCÍA GALLEGO

BARCELONA 2025



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *L'éducation soviétique*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© by Olga Medvedkova. Todos los derechos reservados  
Este libro ha sido negociado a través de  
Elkost Intl. Literary Agency  
© de la traducción, 2025 by María Teresa Gallego Urrutia  
y Amaya García Gallego  
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, *Plato cubista con martillo* (1919), de Serguéi Chekhonin

ISBN: 978-84-19958-93-8  
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 410-2025

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
LIBERDÚPLEX *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2025*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*En memoria de Yekusil (Nikolái), Elisabeth y  
Gitel Tsitovski, Mijail Medvédkov, Veniamín  
Yarjó, Rivka (Raisa) Scheinblat, Nikolái Pro-  
rókov, Oleg Yedzáiev, Yelena Medvédkova.*



—No más de tres días—dijo su madre—. Es un monstruo, ya lo verás.

«¡Como si yo quisiera quedarme más tiempo!». Desde por la mañana tenía como una bola en la garganta. Se la tragó. La bola se resistía. Era como tener anginas. Liza volvió a tragar. La bola le bajó hasta el estómago y allí se quedó definitivamente. Ahora era como una indigestión. «¡Como si yo quisiera ir! ¡Como si me hubiera preguntado si me apetecía!». Encima, era peligroso; ese a cuya casa iban era un monstruo. Y, entonces, ¿por qué iban? ¿Quién las obligaba? ¿Y de qué servía hablar del tema ahora, si ya estaban sentadas en los bancos destartados y cubiertos de inscripciones obscenas de un viejo tren eléctrico que se acercaba, despacio pero seguro, al lugar donde vivía el «monstruo»? Liza iba siguiendo con el dedo las inscripciones grabadas a navaja o pirograbadas que aludían, con tres letras mágicas, a la potencia masculina, activa y vital. Esas tres letras, una y otra vez; estaban por todas partes, absurdas, míseras; cuanto más se empecinaban, más impotentes parecían...

—¡Para ya, Liza! ¿Qué haces?—dijo su madre.

«¿Que qué hago? ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué vamos?». ¿Por qué su madre sacaba ahora el tema si era ella la que había decidido llevarla a casa del «monstruo»? Liza solía pensar que la finalidad de todo cuanto hacía su madre, lo menos importante y también lo más incomprensible, era hacerla feliz a ella. Así eran las cosas. Resultaba imposible pensar de otro modo. Saltaba a la vista: su madre sólo vivía para ella. De eso no cabía duda. Toda la vida de su madre estaba dedicada a ella, a su educación. «Si me lleva a su casa, será porque no es tan monstruoso». O, a lo mejor, era sólo

un poco monstruoso y teniendo cuidado, claro, no corría peligro al estar con él e incluso quizá podría sacar provecho, como había previsto su madre. En cualquier caso, allí estaba su madre por si las cosas se torcían. Porque a veces resultaba que las cosas se torcían. Ocurría, e incluso ocurría con frecuencia, y entonces su madre...

—Sobre todo si pierde los estribos como él sabe—concluyó la madre.

La bola le iba creciendo en el estómago como una nube antes de la lluvia. «Si pierde los estribos...». Miró por la ventanilla. El paisaje era monótono. Se veían pasar casitas, todas ellas grises, como si debajo del polvo que las cubría no sólo se hubiesen quedado sin color, sino sin la mismísima noción del color. Los tejados torcidos y las paredes ladeadas daban fe del desprecio general que se tiene aquí por las líneas rectas, por los ángulos rectos. ¿O puede que no fuese desprecio, sino humildad ante la llanura infinita que poblaban, como mejor podían, a su manera? Rodeadas de vallas con los tablones clavados al buen tuntún donde golpear el martillo, protegían su vetusta insignificancia del ancho vacío que las rodeaba, las oprimía y las reducía a su mísera soledad. No eran pueblos, qué va: eran sólo casas, colocadas acá y acullá, entre los árboles. En mitad del vacío. De ninguna parte. Como si una mano invisible las hubiera sembrado a merced de los vientos. Sólo que aquí no había viento. Nada, nadie se movía. «¿Dónde está la gente?». El calor era insoportable. Se enjugó la frente. Detrás de la ventanilla, las hojas de los árboles, abedules y tiemblos tenían el color de una cazuela vieja y oxidada. «De todas formas, va a ser mortalmente aburrido».

«Este viaje te servirá para conocer tu país», le había dicho su madre el día antes de salir. Era verdad: aunque ya tenía quince años, no había visto nada de este país. Siempre pasaba las vacaciones en Crimea, a orillas del mar Negro,

en un pueblo que se llamaba Koktebel y que los bohemios moscovitas habían convertido en algo propio un siglo antes. En su familia nadie tenía ningún vínculo con el campo. Su padre ni siquiera era un auténtico ruso. Había nacido en Moscú, eso sí, como casi toda la gente que conocía, pero en una familia de origen alemán, o puede que incluso austríaco. La palabra *Viena* le resultaba extrañamente familiar, pero no sabía por qué. Como, desde que sus padres se habían divorciado, su madre ya no quería hablar del tema, y como, hacía tres años, su padre había emigrado a Estados Unidos, Liza tenía de esa familia una imagen borrosa. Ni siquiera era una imagen, sino apenas un atisbo. Alemana o austríaca ¿qué más daba? De todas formas, no cambiaba nada, del mismo modo que no había nada claro en esa historia, salvo el apellido, el de su padre, el que llevaba ella: ese apellido suponía un problema. «Liza Klein». De entrada, indicaba que era una extraña. ¿Qué pintas con semejante apellido en pleno país de los rusos? Se apellidaba así a su pesar, sin saber apenas nada de la familia de los Klein: estaban todos muertos o habían emigrado, lo que venía a ser lo mismo. De hecho, se apellidaba así de momento. Era un apellido provisional que le había tocado por pura casualidad al nacer.

«Con semejante apellido nunca vas a entrar en la universidad», le había dicho un día su madre. Dentro de un año, cuando le dieran el pasaporte, cambiaría de apellido. Era fácil. Ya estaba decidido. Iba a cambiar el apellido alemán o austríaco de su padre por el ruso de su madre, que le resultaba aún más ajeno. Pero no quedaba más remedio: su madre se lo había explicado todo. Dadas las circunstancias, era necesario, «históricamente inevitable». Eso debía significar que se negaba a usar el apellido de un emigrante. «No volveré a ver a mi padre nunca más».

Sí, cambiar de nombre era fácil. Todo a su alrededor

cambiaba de nombre: las calles, las plazas, los colegios, los teatros... A los bulevares, que rodeaban el centro de Moscú, antes los llamaban igual que las antiguas iglesias y los monasterios por los que pasaban. Ahora usaban el apellido de revolucionarios que también, en otros tiempos, habían cambiado de nombre. Lenin, Stalin, Kírov... Cuando renunciaban a su antiguo apellido de nacimiento, ostentaban pseudónimos, nombres falsos que no pertenecían a nadie. Cambiar de nombre era volver a empezar desde cero, concederle al pasado la única importancia que tenía: ¡ninguna! No, el pasado no valía nada. Era incluso un obstáculo. Impedía que las cosas avanzaran. Saboteaba el progreso. En cualquier momento, las sombras transparentes podían intervenir, protestando: «¡No, eso no fue así!».

Otros apellidos desaparecían porque sus dueños desaparecían. El apellido de su padre no tardaría en desaparecer, del mismo modo que él había desaparecido un día de Moscú. Así que la culpa la tenía él. Para Liza, ese apellido se iba a convertir en su apellido de niña, de jovencita, que se había quedado por el camino. «Liza Klein» no tardaría en morir. Qué triste: «Liza Klein» iba a morirse joven, a los dieciséis años. ¿Quién iba a sustituirla, a nacer en su lugar? «Cuando me apellide de otra manera, ya no seré la misma». Pero eso ¿qué quería decir? ¿Se volvería mejor o peor? No merecía la pena molestar a su madre preguntándole ese tipo de cosas, ni tampoco por la familia de los Klein. Todo lo que sabía era que su abuelo Klein se llamaba Joseph y que había sido traductor. En casa tenían algunos libros de Goethe, de Heine y de otros poetas alemanes que había traducido él. Pero cuando su padre se marchó, su madre los había metido en una maleta, en el entresuelo, entre los retales que esperaban a convertirse en vestidos. Ojos que no ven, corazón que no siente. Quizá algún día, al igual que las telas, esos poemas alemanes transcritos

en cirílico se convertirían en... Pero ¿en qué podían convertirse unos poemas? «Nunca se sabe lo que puede pasar. Bastante te ha fastidiado ya la vida», dijo su madre sobre todo aquello. El sujeto de esa frase era, obviamente, su padre, pero también abarcaba a toda la familia Klein, incluida la sombra de Joseph y puede que hasta la de Goethe.

Por parte de madre, tampoco había nada claro. A su madre no le gustaba hablar del tema. Su apellido, por ejemplo, seguramente era el de su propio padre. Pero ¿cómo se apelidaba la madre de su madre? ¿De dónde venían? ¿Quiénes eran? ¿Por qué Liza no los había conocido? ¿Se habían muerto todos? Iba mirando por la ventanilla: era una región llana. Como si cualquier eminencia le estuviera vedada para siempre jamás. ¿Dónde estaban sus raíces? ¿Allí, aquí mismo? ¿En esta región? ¿Qué significaba nacer aquí, con ese apellido? Lo único que sabía es que era mejor no saber y, sobre todo, no decir nada. Era lo que sus padres le habían enseñado muy bien.

Y, aun así, de buenas a primeras, el día antes del viaje, su madre se había puesto a sacar cosas viejas, supuestamente para ordenarlas mejor. Era como estar en el teatro. Era como leer una novela. Era alegre y terrorífico a la vez. Según su madre, ella pertenecía a una vieja familia noble, allegada al último zar, de hecho, su apellido lo demostraba claramente. Era como caerse en un pozo sin brocal y sin fondo, como sentir náuseas al contacto con el vacío.

—Da la casualidad—dijo su madre el día antes del viaje—de que un viejo amigo mío vive desde hace un año en el pueblo que se llama como yo. En fin... ¿lo entiendes?—No, no lo entendía. La madre bajó la voz—: Antes de la revolución, ese pueblo era nuestro.

—¿Qué? ¿Cómo?

—A ver, Liza, ¡espabila! ¡Seguro que entiendes lo que te estoy diciendo!

—Yo no me llamo así, todavía no—contestó Liza, pero su madre hizo como que no la oía.

«Yo no me llamo así», pensó más alto de lo que se atrevía a decirlo.

Su madre continuaba, frenéticamente, como si ya no pudiese seguir guardando lo que había callado, escondido y preservado durante tanto tiempo. Le presentaba a su hija, su heredera, las pruebas irrefutables y tangibles, entre las que figuraba un retrato pequeñito, ovalado, pintado al óleo y con un marco de madera negra.

—¡Anda, mira!

El retrato estaba deteriorado. En lo que quedaba, se distinguían unos ojos rasgados, labios carnosos, mejillas abotargadas y pómulos salientes: todo ello, junto con las gafas y la barba, se acompañaba de una leyenda: «Consejero de Su Majestad Imperial, el príncipe...». Detrás iba el apellido de su madre, en masculino. Ese apellido que pronto retomaría Liza. Pero ¿con qué derecho? Las hijas recibían, al nacer, el apellido de su padre, y las recién casadas, el de su marido. Adoptar el apellido de su madre era como convertirse en su hermana o casarse con ella. O también, pensó, era como si ella fuera hija de su abuelo y de su madre, o como si se casara con su abuelo... vaya, que fijándose bien... No, no había que fijarse bien. Cuando te fijas, todo se vuelve absurdo.

—De momento, no se lo cuentes a nadie—dijo su madre, muy sofocada, como si estuviera corriendo.

—¿Qué diría de todo esto mi abuelo Joseph Klein?—dijo Liza.

«¿Y qué diría Goethe?». Era como si hubiera que elegir y, por tanto, traicionar, inevitablemente: a unos o a otros. Pero, sobre todo, una vez más, ¡no decir nada, no hacer preguntas! Cómo no. Ni que decir tiene, lo sabía de toda la vida. Tanto su padre como su madre le advertían, cada

uno por su lado: «Nunca cuentes fuera lo que decimos en casa». Sabía que escuchaban la emisora prohibida, La Voz de América. Antes de que se marchara su padre, tenían en casa manuscritos mecanografiados... *Doctor Zhivago*... En la calle no se podía saber nada de aquello, ni lo que se hablaba ni lo que se leía. Porque todo aquello era peligroso. El pasado, más peligroso que el resto: intimidante, incómodo como una casa vacía, abandonada, inútil, mísera y sin calefacción. ¿Por qué? Porque sí. Los cambios no estaban previstos porque no eran previsibles. Así eran las cosas, desde siempre y para siempre. La casa no se podía arreglar. Nadie quería vivir en ella. Porque el peligro estaba por todas partes. Menos mal que su madre estaba allí...

Sin embargo, ese retrato, aunque fuera poca cosa, existía; una vez fuera de la caja, era como si tomara la palabra. Era como una voz que emitía la radio, llegada desde muy lejos. Con ese retrato, era como si el pasado produjera un sonido, transmitiera un mensaje sencillo pero eficaz: «¡He vivido! ¡He vivido! ¡He vivido!». Y nada más, solo esas palabras: he vivido. Había vivido, ese hombre, ese antepasado, daba igual cómo se llamara, había vivido de verdad, realmente. Prueba de ello era su rostro. Un muerto que antaño estuvo vivo y que no quería que lo olvidaran. No era guapo, al menos por lo que Liza había visto.

—Mamá, déjame seguir mirando.

Pero su madre casi se lo arrebató. Como si ese contacto pudiera resucitar al muerto o, todo lo contrario, como si pudiera contaminarla, arrastrarla a su vacío. Liza aún no había visto a ningún muerto de verdad. Claro está, había visto al de mentira: al Intocable, en su mausoleo egipcio de la Plaza Roja. La víspera del día en que su clase iba a visitar el mausoleo, lloró de miedo. Entonces su madre le explicó que ese muerto sólo era de mentira, que hacía mucho tiempo que habían sustituido la momia de Lenin por un

muñeco de cera. «Es como una estatua del museo de bellas artes», dijo su madre. Pero incluso en el museo las estatuas yacentes de las tumbas medievales la asustaban. Entre el pasado y la muerte había un vínculo. Liza lo sabía. No eran lo mismo, pero casi. La muerte deambulaba por el pasado como un fantasma en una casa abandonada. Asomaba el hocico entre las líneas de los manuales de historia. A veces, en la oscuridad, sentía a su espalda una presencia, un hálito, una leve corriente de aire, un ruido sin sonido. ¿Serían los muertos que querían que se pronunciara su nombre nítidamente?

La madre se limpió las manos como para librarse del polvo que cubría las cosas viejas. Volvió a meter el retrato en su caja y la cerró con llave. «No vale la pena sacarlo otra vez». Liza estaba triste. Ese apellido de la madre, ese rostro del retrato, ese pueblo que antaño fue «suyo», donde ahora vivía el «monstruo», era todo un lío. Y de lo más inoportuno, encima, porque retrasaba el viaje a la costa, a Crimea. ¿Por qué tenían que ir este verano y no el año que viene? Este verano del año 1980, un año distinto a los demás, excepcional. El año de los Juegos Olímpicos. Ese año, más valía irse de Moscú antes del 19 de julio, fecha de la inauguración de los JJ.OO., y no volver hasta que terminasen: todo el mundo lo decía. Porque no se sabía lo que podía pasar... Era por culpa de Afganistán. En diciembre, el ejército soviético había entrado en Afganistán y ahora varios países capitalistas, incluidos Estados Unidos, donde estaba su padre, habían decidido boicotear los JJ.OO. de Moscú. Estaba claro que eso no podía traer nada bueno. Y aunque no llegara a pasar nada, ese verano de 1980 más valía estar lejos de Moscú. De no haber sido por ese «monstruo», y ese «pueblo», y ese «apellido» de la madre, en definitiva, por todo el asunto ése, Liza ya estaría en Crimea. Pero en cambio, en pleno mes de julio asfixiante, tenían que andar rodando hasta Dios sabe

dónde, cerca de Smolensk, para pasar tres días aburriéndose mortalmente en compañía de alguien a quien no conocía y que no parecía tener ni pizca de gracia. Para luego volver a Moscú y sólo entonces... Era incómodo, incomprensible, pero había que hacerlo por su bien. Mamá lo había decidido. «Por lo menos allí, lejos de todo, estudiaré».

La mañana del viaje madrugaron mucho, salieron de su piso de la calle del Campo de las Doncellas, una de las escasísimas calles de Moscú que no habían cambiado de nombre, y cogieron el autobús para ir a la estación Belorruski, de donde salía el tren de Smolensk. Moscú estaba vacía: más vacía que cualquier otro sábado de verano por la mañana. No se veía a ninguna madre joven con cochecito, a ninguna abuela vigilando a los críos que solían pulular en los areneros ni a ningún bebedor de cerveza matutino tratando de disipar los vapores del vodka nocturno. Los moscovitas habían huido de la ciudad. Unos se habían marchado por decisión propia, otros estaban desplazados fuera del anillo mágico del kilómetro 100 que rodeaba Moscú, cual anillo de Saturno, y cuyo interior estaba reservado, ya en época normal, a los ciudadanos buenos y «unidos como un monolito», y en esta época de extrema prevención, a los ciudadanos mejores aún, al Pueblo soviético sólido y capaz de resistir ideológicamente. Tan sólo las patrullas milicianas reforzadas escrutaban el espacio de forma tal que los que aún no se habían enterado comprendieran que Moscú estaba dispuesta a recibir alegremente a la parte progresista de la humanidad; a la que, al albur de la historia, se había quedado del otro lado del telón de acero. Se esperaba a las delegaciones de obreros vietnamitas, de agricultores mexicanos, «con temple político». Entre los árboles de los bulevares, las pancartas colgaban lacias. «¡Paz para el mundo!», «¡Demos mayor impulso al espíritu patriótico en las hazañas presentadas en el XXVI Congreso del Par-

tido Comunista!», «¡Gloria al Pueblo soviético, portador de las ideas progresistas de la Humanidad!». Matemáticamente hablando, esas frases no tenían ningún sentido: parecían más bien fórmulas mágicas o hechizos. «¡La ciencia es nuestra fuerza», «¡No a los esbirros del capitalismo!». ¿Quién lo decía? ¿Quién alababa al Pueblo soviético? ¿El propio Pueblo se glorificaba a sí mismo? Entonces, aquello debía de significar algo así como: «¡Viva nosotros!». O: «¡Nosotros somos mejores que vosotros!». O: «¡Nuestra guerra es más justa que vuestra paz!».

En la estación, varias mujeres barrían el suelo y raspaban las paredes. Eran los preparativos para mostrarle al enemigo la cara bien lavada del socialismo avanzado. «Cada uno da lo que puede y recibe el equivalente a lo que ha dado». El gentío denso bostezaba mientras esperaba el tren y escupía en el suelo recién fregado. Los periódicos no decían nada del boicot, pero todo el mundo estaba al tanto. Esos Juegos Olímpicos no presagiaban nada bueno: era como si fueran a llegar los extraterrestres.

Por fin, las dos encontraron sitio junto a la ventanilla.

—Mira, fíjate, este paisaje es muy típico, como el de los cuadros de los Itinerantes. ¿Te acuerdas? Los hemos visto en la galería Tretiakov.

La madre señaló con un amplio ademán teatral la imagen insulsa e inmóvil que había tras los cristales sucios del tren. «No desperdicia ni un segundo». Esa imagen, que siempre era la misma aunque se moviera, a Liza no le decía nada. El calor agobiante cubría la tierra con un grueso edredón harinoso. Nada allí parecía franco. Ni alegre. En el horizonte, el cielo y la tierra se fusionaban en una crisálida lechosa. No, francamente, aquí no había nada que ver.

—Es una región con un encanto discreto—seguía diciendo la madre con su voz potente y siempre algo cascada, y tono de conferenciante.

«¿Tendrá también mi madre una bola en la garganta?». Puede que fuese hereditario. Y ese antepasado suyo con ojos de gato persa, ¿también tendría una bola que le impedía respirar? De estación en estación, el tren se iba vaciando de moscovitas: los mismos vestidos de algodón, las mismas sandalias y los mismos pantalones de lino. Esos viajeros de cercanías, propietarios de dachas, iban allí a refugiarse en lo que los extraterrestres cumplían con sus tareas extravagantes: saltar en el vacío, correr para no ir a ningún sitio, lanzar, menear, levantar y sujetar. Los que se quedaban en el tren no se les parecían: más mujeres que hombres, con falda larga y la cabeza envuelta en pañuelos, y los escasos hombres se quedaban traspuestos, atontados por la cerveza y el calor; todos iban cargados con voluminosas bolsas llenas de mercancías y comida. Aprovechando la abundancia provisional que, gracias a los JJ.OO., había irrumpido en la miseria de las tiendas, se llevaban de Moscú sus propios trofeos: tarros de mermelada finlandesa, cajas de cartón redondas de dos tipos de queso fundido, Ámbar y Ola, que tenían al país dividido entre los aficionados a uno u otro. No había un tercer tipo. Lo mismo pasaba con el queso gruyer: las alternativas eran el Ruso y el Soviético. Era como elegir entre Tolstói y Dostoievski. Todo en el país iba por parejas. Como en el arca de Noé, como si estuvieran preparando el Diluvio. Sólo se conservaba lo esencial. La variedad quedaba excluida, pero se podía elegir, entre pan blanco y pan moreno, entre galletas Otoñales y Primaverales. El signo no era responsable del significado. Los nombres no dejaban adivinar el contenido: el salchichón Particular o el salchichón Exclusivo... La leche condensada Molokó, en latas azules con un dibujo supremacista, llenaba las bolsas en cantidades escalofriantes. La miseria se codeaba con la vanguardia. «¿No tendrán vacas en su pueblo?». La mujer que Liza tenía sentada enfrente parecía una antigua atleta,

alta y de hombros fornidos. Se colocó el fardo entre las rodillas angulosas y separadas que cubría una falda de color crudo. El rostro, quemado por el sol, de rasgos inmóviles y serios, parecía tallado en madera, enmarcado de flores rojas. Tenía los ojos gachos, pero no dormía. Liza sintió que la estaba espiando, mirándola a través de los párpados. «Se le da bien». De golpe, a pesar del calor, tuvo frío. Cerró los ojos y trató de mirar. No había forma, no podía. Abrió los ojos. La mujer seguía enfrente, tiesa como un ídolo. «¿Me estará mirando de verdad? Y si es así, ¿qué es lo que ve?».

Se pasó las manos por la cara y notó bajo los dedos el suave relieve de esa cosa extraña. La piel estaba cálida y húmeda, las pestañas se estremecían. La cara tenía vida propia, al margen de sus pensamientos y sus temores. Se la frotó para borrar la imagen que llevaba, para quedarse sin rasgos. No estaba satisfecha con la cara que tenía: le habría gustado deshacerse de ella, tener otra. Y, a ser posible, también otro cuerpo. «Aun así, soy yo, o, al menos, una parte de mí». Era como las cosas que tienen un nombre que no les pega. «¿Podré algún día cambiar de cara igual que pronto cambiaré de nombre?».

Claro está, se sabía su cara de memoria y, sin embargo, no, no sabía cómo era. Porque la tenía como inacabada: faltaba el parecido. «De todas formas, nunca podré gustarle a nadie, jamás. Es triste pero cierto. De todas formas, no voy a vivir mucho. No soy de esa clase. Soy distinta a los demás». Era flaca y menuda, con las caderas más estrechas que los hombros. Cuando en el colegio los colocaban por orden de estatura, siempre se quedaba la última. El pelo rubio y rizado era abundante y no obedecía a ningún peine. La piel era fina y dejaba ver en las sienes los meandros azules que trazaban las venas. Tenía poco pecho, apenas un amago, y cuando llevaba pantalones vaqueros, como esa mañana, parecía más un chico con el pelo largo y des-

peinado que la chica de quince años que era. Esos vaqueros se los había enviado su padre desde Estados Unidos por su cumpleaños, a través de la ayuda humanitaria. En el paquete no había ninguna carta. Las cartas procedentes de Estados Unidos estaban prohibidas, era imposible. Nunca volvería a tener noticias de su padre. Pero, al menos, tenía esos vaqueros. ¡Y eso era una pasada! Los que tenían unos vaqueros estadounidenses formaban parte de una hermandad, de una elite, de una raza aparte. El mundo les pertenecía. También llevaba puesta una de las camisas viejas de su padre que había encontrado en una bolsa que su madre había dejado en el rellano con cosas que iba a donar o a tirar. Su madre estaba enfadadísima. «Pareces un chico. Procura ser más femenina». Pero ¿qué le vas a hacer si no lo eres naturalmente? Le gustaba mucho esa palabra, «naturalmente»...

Su único consuelo era el extraño parecido que tenía con la Infanta. Una amiga de su madre que trabajaba con ella se lo había dicho un día. Era el retrato de Margarita que había pintado Velázquez. Tenía razón, era el mismo tipo de rostro alargado, de frente ancha, sin cejas, con ojos marrones de los que sólo se veía el iris porque las pestañas eran invisibles y porque el iris era demasiado grande para ese ojo. La boca era pequeña, con el labio inferior carnoso y bien dibujado. Pero lo más curioso de todo era cómo la infanta erguía la cabeza sobre los hombros: como si primero viniese la mirada, luego la cabeza y, por último, el cuerpo, tímidamente, dejando los brazos rezagados. Era como un animal silvestre saliendo de su madriguera. La mirada era más fuerte que todo lo demás: hubiérase dicho que hablaba. Era como si, con el cuerpo inmóvil dentro del amplio vestido rígido y con la boca cerrada porque cualquier palabra hubiera estado de más, la Infanta sólo contase con la mirada para hablar, ver, escuchar, saborear y tocar, todo a la vez. Lo que le

gustaba a Liza no era tanto parecerse a una princesa como parecerse a alguien que no fuera de su familia, procedente de un pasado lejano, ajeno e intocable. De un pasado que se llamaba Historia, que era de todo el mundo y que parecía menos peligroso que el pasado pequeñito de cada uno. «Nunca se sabe—dijo riéndose la amiga de su madre—, no, no puede saberse nunca: los lazos de sangre son misteriosos. Porque esas cosas se hacen en la oscuridad».

Liza no había entendido a qué se refería, pero puso la tarjeta postal con el retrato en la pared de su cuarto, donde no había ningún espejo. El espejo estaba en el cuarto de su madre. Su madre era todo lo contrario que Liza. Era una mujer guapa, un poco gruesa, de hombros torneados y pecho erguido, que daba una impresión de plenitud y de vigor más que de exceso de carne. Echaba la cabeza un poco hacia atrás, con porte orgulloso, y miraba con altivez. Trabajaba en la editorial Artista Soviético, conocía a un montón de gente, pintores, escritores y críticos de arte, que la admiraban por su valor. Era ella la que, en su juventud, había publicado, en el entusiasmo del Deshielo de la década de 1960, un volumen de láminas de Picasso. Había escrito de su puño y letra un libro sobre Van Gogh, pero mientras tanto el clima había cambiado, el Estancamiento había vuelto y el libro dedicado a un pintor que si bien era progresista no dejaba de pertenecer al bloque imperialista dejó de ser publicable. El valor de su madre, por otra parte, se pagaba con montones de compromisos, grandes y pequeños, la edición de innumerables libros sobre el realismo socialista, los «cantantes de las grandes obras del pueblo y de las batallas por la cosecha». Pero incluso entre los pintores del pueblo, entre los retratistas de los «miembros del partido», su madre sabía elegir a los de mayor talento, a los que tenían esa pizca de algo que marcaba la diferencia. Sí, era conocida en Moscú, conocida y valorada por su buen

gusto y su profesionalidad. «Tu madre es una mujer fuerte», le decían a Liza sus amigos. «Nunca seré fuerte como mi madre. De todas formas, en mi caso no es lo mismo». En todos esos asuntos relacionados con el arte siempre había algo que resultaba incómodo. Por ejemplo, a su madre le encantaba la poesía y citaba de memoria pasajes enteros de Pushkin o de Lérmontov, que era algo con lo que Liza se sentía a disgusto. Cuando su madre recitaba poemas, se volvía como una niña pequeña que quería contentar a los adultos. Por su parte, a Liza sólo se le daban bien las matemáticas, algo que incomodaba a los amigos de su madre.

El día del viaje por la mañana, su madre se puso el vestido color pistacho, ceñido y escotado, que le sentaba tan bien. Le marcaba la curva de las caderas y le hacía el pecho aún más opulento. Una cadenita de oro se adentraba en el hueco cálido y misterioso del canalillo. Le brillaban los ojos y se le ondulaba el pelo castaño y corto. La boca grande y golosa cubierta con una fina capa de carmín no dejaba de moverse: las sonrisas tan pronto aparecían sin motivo como desaparecían de inmediato. La mano derecha que de vez en cuando echaba el pelo hacia atrás se adornaba con una sortija cuya piedra estaba grabada y de la que no se separaba nunca. Liza miró la sortija: le era muy familiar. Sobre el fondo de un ágata transparente, un niño coronado de rosas bailaba agitando un sistro, como si el mar se abriera a su espalda. Recordaba esa sortija desde que recordaba a su madre. Claro está, estaba orgullosa de su belleza. Pero aquí, en este tren que se adentraba en el país, de pronto le pareció demasiado cruda, provocativa, poco reconfortante. El vestido, por ejemplo...

Por fin, anunciaron la estación que se llamaba igual que la madre: se pusieron de pie y fueron andando entre los bancos a lo largo del vagón. Una vieja juntó saliva y escupió en el suelo mientras bisbiseaba por el hueco de los dientes

algo sobre las «putas moscovitas que se largan como cucarachas» y «mejor harían quedándose en casita». Liza iba detrás de su madre, que le abría camino. La bolsa roja que llevaba al hombro le abultaba la espalda. Bajó la cabeza, intentando pegarse más a ella. Como iba tan arrimada, al dar un paso demasiado rápido se tropezó con su madre y, para no caerse, se agarró al hombro de un hombre que estaba sentado en el extremo de un banco.

—¡Mira-por-dónde-vas-putilla-de-mierda!—vociferó el hombre.

Liza bajó los ojos, ya sólo veía los zapatos de charol de su madre que brillaban delante de ella como dos soles negros.

—¿Quién es esta gente? ¿Por qué nos trata así?

Cuando se paró delante de la salida, apenas conseguía respirar. La bola que tenía en la tripa le chupaba toda la sangre. Su madre se inclinó hacia ella.

—Ay, Liza, pero ¡qué sensible eres!

Le acarició la mejilla a la hija, le cogió la cabeza entre las manos, la atrajo con fuerza hacia sí y se la apoyó en el hombro.

—Esto es lo que tiene crecer en una burbuja.

Ciertamente, el hecho de ser sensible como ella y no fuerte como su madre era un defecto. Estaba claro que era una enfermedad. Lo que no estaba tan claro era si ese hecho le gustaba o no a su madre, si la preocupaba y le hacía sentir más ternura. Ése era el secreto de su madre.